

primi capitis: *Extare etiam nunc Jobi sepulchrum in Arabia, atque sterquilini palaestram, ubi speciosas coronas adeptus est, anniversariisque honoribus illum indigenae prosequuntur.* Los teatros geográficos lo han seguido de buena gana; y en la tabla de la Tierra Santa, en la tierra de Hus se ve una pirámide, y debajo: *Sepulchrum Job.*

Si fué rey ó si fué sepultado en pirámide, no lo afirmo; y por ser cosa decente al santo vivo y muerto, repito las palabras de los que dicen que sí: valiéndome (para mi cortesía) de su empeño, en todo el tratado de la mujer de Job y su culpa, y que no la repudió y que tuvo en ella los postreros hijos.

Constantemente sigo al doctísimo y eruditísimo padre Saliano en el tomo primero, admirando que en seis hojas comentó la paciencia de Job, sin cargarla.

En las demás cuestiones, en que solamente la conjetura determina, detengo la pluma en estas preciosas

palabras de Tertuliano, libro *De Anima* (tantas joyas se cuentan en ellas como letras se leen): *Unde et ignorare tutissimum est: praestat per Deum nescire, quia non revelaverit, quam per hominem scire, quia ipse praesumpserit*: pigüelas son, que si impiden el vuelo, aseguran las alas, y en ellas las plumas.

El doctísimo padre Pineda hizo á la pirámide en que está Job sepultado un excelente epitafio con las cláusulas solemnes del rito antiguo funeral. Yo, por imitar esta piedad, quiero que Job con sus palabras sea epitafio de sí mismo, porque aun sepultado hable de sí, y aun difunto le podamos oír. (a)

(a) Solo he visto el epitafio de QUEVEDO en el ejemplar de 1720. Aquí termina sin él la edición de Sancha.

Advierto que el primer mote hebreo significa *Dios lo dió, y Dios lo quitó*; pero el último, con las mismas palabras, tiene sentido inverso: *Dios lo quitó, y Dios lo dió.*

EPITAPHIUM PYRAMIDATI SEPULCRI JOB, IN TERRA HUS.

DUM MIRACULA PATIENTIAE PYRAMIDIS HUIUS LOQUITUR HUS,
BARBARA PYRAMIDUM SILEAT MIRACULA MEMPHIS.

יהוה נתן ויהוה לקח

QUIS SIM QUÆRIS VIATOR?

Interroga quemlibet de viatoribus.

Loquere terrae, et respondebit tibi.

Ego ille quondam opulentus, magnus inter omnes Orientales, NOMINE JOB, repente contritus sum: Omnipotens spoliavit me gloria mea, et abstulit coronam de capite meo: non pepercit, et effudit in terra viscera mea:

concidit me vulnere super vulnus: irruit in me quasi gigas.

Saccum consui super cutem meam, et operui cinere carnem meam.

Haec passus sum absque iniquitate manus meae, cum haberem mundas ad Deum preces; sedens in sterquilinio,

EX QUO SUSCITAVIT ME,

SUSCITANS Á TERRA ÍNOPEM, ET DE STERCORE ERIGENS PAUPEREM.

Ecce nunc in pulvere dormio.

Scio enim quod Redemptor meus vivit: et in novissimo die de terra surrecturus sum, et circumdabor pelle mea, et in carne mea videbo Deum.

*ET NE UMBRA MORTIS, ET FOETOR, ET PAUPERAS ORRUERENT, ET FOEDARENT OSSA MEA,
DIES LUCE, CASSIA ODORE SCAVITATIS, COPIA DIVITE FECUNDITATE, FILIAE DULCISSIMAE UTERIS MEI,
HUNC MIHI SEPULCRUM MOERENTES ET NIGRO QUESTU EREXERUNT.*

ABI, SAT TUIS OCULIS DEBES.

יהוה לקח ויהוה נתן

FIN DE LA CONSTANCIA Y PACIENCIA DEL SANTO JOB.

INTRODUCCION

Á

LA VIDA DEVOTA.

COMPUESTO

POR EL BIENAVENTURADO FRANCISCO DE SALES,

PRÍNCIPE Y OBISPO DE COLONIA DE LOS ALÓBROGES.

TRADUCIDO

POR DON FRANCISCO DE QUEVEDO VILLEGAS,

CABALLERO DEL HÁBITO DE SANTIAGO, Y SEÑOR DE LA VILLA DE JUAN ABAD. (a)

A LA MAJESTAD CATOLICA REINA NUESTRA SEÑORA, EMPERATRIZ DE AMÉRICA.

OFREZCO á vuestra majestad el fruto de las flores de lis, que bajó como ellas del cielo en las palabras del bienaventurado san Francisco de Sales, obispo y príncipe de Aurelia, en los Alóbroges. Hele vestido de la lengua española, porque dos veces sea vasallo de vuestra majestad quien,

(a) Publicólo san Francisco de Sales en 1608, falto de algunos capítulos y de otros primores y enmiendas, que hizo y añadió posteriormente; cuyos mismos defectos se notan en la interpretación latina del maestro Hermanno Stortelbeck, natural de Münster, en Westfalia (impresa en 1614), como calcada sobre el primer original.

Francia, España, Italia, Flándes, Alemania é Inglaterra en sus idiomas respectivos, y en el latino el mundo entero, poseen la admirable obra del príncipe y obispo de Ginebra, fundador de las monjas de la Visitación de Santa María, que pasando á mejor vida en 28 de diciembre de 1628, fué canonizado á 19 de abril de 1665.

Poco esmerada y pura fué la translación castellana, que las prensas de Brusélas sacaron á luz en 1618, debida á Sebastian Fernandez de Eyzaguirre, ayuda de cámara del archiduque Alberto; pero siguiendo también el primer ejemplar, y por lo tanto incompleta. Y de aquí el pretender QUEVEDO gozase nuestra nación tan precioso libro, con la pureza y elegancia que merecía.

Las alteraciones que hubo de introducir en su opúsculo el Santo, y que no tuvieron á la vista los primeros intérpretes, empeñaron al licenciado Cubillas Don-Yagüe, en nueva traducción al castellano; y en cubrir de asteriscos y cruces todo el papel, para justificar su intento, señalando con ellas las correcciones y enmiendas hechas al trabajo de DON FRANCISCO DE QUEVEDO. En verdad acertó á mejorarle alguna vez; quedando siempre, sin embargo, por bajo de su predecesor, en lo castizo y galano del estilo y en el arte de interpretar el sentido de la manera más propia y elegante. Hizolo así ver palmariamente el juicioso presbítero don Pedro de Silva, cuando consagró al carde-

nal Lorenzana, arzobispo de Toledo, ótra nueva translación, que por mandado suyo corre de molde desde 1793 con general aplauso.

Cuatro pues son las versiones más célebres castellanas del libro isagógico de san Francisco de Sales.

Hé aquí el título de la primera que quiso enmendar la plana á nuestro DON FRANCISCO:

Introduccion a la vida devota, que en frances escribió, el glorioso señor S. Francisco de Sales, obispo, y príncipe de Geneva, fundador de la orden de la Visitación de S. Maria, y traduxo, enmendo, y añadió el Lic. D. Francisco Cubillas Don-Yague, Presbytero, Abogado de los Reales Consejos; con una declaracion mística de los Cantares de Salomon, para tener Oracion Mental. Compuesta por el mismo Santo y traducida por el dicho Autor. Dedicado á la ilustrissima señora doña Aldonça Fernandez de Cordoba y Mendoza Carrillo y Guzman, etc.—Año 1665.—Con privilegio en Madrid. Por Diego Diaz de la Carrera, Impresor del Reino. Dióse muchas veces á la estampa, y en Madrid año de 1733, en la imprenta de Domingo Fernandez Arrojo, á costa de Francisco Manuel de Mena. Pero la mejor edición es la que publicó en 1739 don Joaquin Ibarra, dirigida por el obispo de Tarazona don José Laplana y Castellon, muy literato y entendido.

QUEVEDO en fin publicó en Madrid su libro en la imprenta Real, año de 1634, de advertencias, prólogos y dedicatoria (1) precedido. Pero con otros discursos as-

(1) Habrá errata en el epígrafe de ella, debiendo decir *A la majestad católica de la Reina, etc.*? No parece creíble.

siendo moderno apóstol de Francia, hoy goza de aquella gloria, donde con la predicacion y ejemplo procuró encaminar todo aquel cristianísimo reino. Sus obras le coronaron en la bienaventuranza; y sus obras solicitan, traducidas en todas lenguas, esta corona para todos los que le supieren imitar y obedecer. Fué elección de la majestad de Enrique IV su prelación, que en esto dió más á Francia que tuvo en tan soberano dominio. Herencia es en vuestra majestad de tan glorioso padre el asistir con la devocion á padre tan santo y admirable en sus obras, á que asiste el fervor y celo católico del rey nuestro señor don Felipe el Grande. El Espíritu Santo dice que las almas de los justos están en las manos de Dios: vea el mundo que su espíritu en su doctrina está en las manos de los reyes; pues siendo vuestra majestad la reina más esclarecida que reverencia el mundo, tendrá en ellas con estos documentos los jacintos de que la esposa tenia llenas las suyas.

Humilde vasallo y criado de vuestra majestad,

DON FRANCISCO DE QUEVEDO VILLEGAS.

PEDRO MALLARD A LA NACION ESPAÑOLA. (a)

Habiendo visto el fruto copioso y santo que este libro del bienaventurado Francisco de Sales ha hecho en Francia, su patria, Alemania y Flándes, y cuán afectuosamente le han dado á su habla todas las naciones, testificando su aceptación las muchas impresiones que dél se han hecho; y hallándome en España, con deseo de mostrar la afición que tengo á la nacion, pedí á don Francisco de Quevedo Villegas le tradujese, restituyéndole á la pureza de su original, agraviado hasta ahora en infinitas cláusulas, y añadiéndole en otras muchas que le faltaban á lo hecho: y yo le imprimo con deseo de que todos le impriman en sus corazones; no por ganar, sino para que todos se ganen. Quien le compra, si no se aprovecha, más le vende que le compra. No es su precio la paga, sino la mejora. Por estas razones no he podido mostrar á la nacion española mi voluntad y afición con mejores obras.

DON FRANCISCO DE QUEVEDO VILLEGAS,

AL PUEBLO CATÓLICO CRISTIANO EN LA OBEDIENCIA DE LA SANTA IGLESIA DE ROMA.

Este tesoro, que hallé en lengua francesa, escrito por el bienaventurado santo Francisco de Sales para la enseñanza de todos los fieles, en quien se hallan tantas joyas como se leen letras, vino á mis manos traducido en la lengua española y impreso en Ambéres, tan desfigurado de la pureza de su mina y falto de muchas cláusulas, que por el interés público me determiné á trabajar en restituirle á sí propio, imitando en este cuidado al que limpia el oro, que solo atiende á descubrirle, sin gastarle; advirtiéndome que quien le disminuye, más roba que limpia, y antes merece nombre de ladrón que de artífice. Por esto, yo con desvelo religioso he solicitado no profanar la castidad apostólica de sus palabras con afectadas locuciones, que antes la adulte-

céticos le reimprimió á costa de Tomás Alfay, en 1646, Melchor Sanchez, formando la oportuna y hoy rara coleccion que lleva por título: *Las obras que escribió don Francisco de Quevedo y Villegas, cavallero del abito de Santiago, Y Señor de la Villa de Juan Abad, para introducir á un católico a una perfecta Vida, y una perfecta muerte.* Al principio échanse de menos varios de los preliminares de la edicion príncipe.

Desaparecieron completamente cuando salió en coleccion inserto en la *Parte segunda de las obras en prosa* de nuestro autor, año de 1658; y así ha continuado publicándose, con supresiones y erratas, hasta hoy que le restituí á la verdad de su original, á vista de to-

dos estos ejemplares y del francés más autorizado. Suelto reimprimióse en Ambéres, año de 1726, é ignoro si lo ha vuelto á ser posteriormente.

Al pié del texto encontrarán los lectores de la BIBLIOTECA las adiciones más importantes que se hallan en la interpretación de Cubillas Don-Yagüe, que para el caso, por más antigua, prefiero á la de Silva. Llevan por marca las iniciales C-D.

(a) Este librero adquirió de DON FRANCISCO el manuscrito original para imprimirlo por una sola vez, reservando al escritor el privilegio de poder sacar de nuevo á luz su obra por tiempo de diez años. Sin duda alguna por el mismo QUEVEDO están puestas las presentes líneas.

ran que la pulen. Hallo sus discursos vestidos de palabras elegantes, como eficaces, vivas y ardientes, que hermosamente adornan sus sentimientos con gravedad honesta y majestad humana y tratable á la atención de los lectores. *Adulter non quaerit prolem, sed delectationem*, «El adúltero no busca la decendencia, sino el deleite;» nuestro gran padre busca los hijos espirituales, deleitando el espíritu. Hay muchos que hablan solo por hablar: estos son igualmente inútiles para sí y para los que los oyen. Otros hablan y escriben solo porque los alaben: estos son más desdichados cuando consiguen las alabanzas, como cuando no las consiguen; muéstranse vanos, y no doctos. Otros hay que hablan y escriben por enseñar á los ignorantes, encaminar á los perdidos, desengañar á los engañados y consolar á los miserables: método que solo se aprende de las divinas letras por la meditacion, y con el estudio de los santos padres y doctores de la Iglesia. Uno de estos espirituales maestros fué nuestro santo, pues en sus palabras y en su pluma no se oyó ni lee otra doctrina; por esto, fecunda y limpia de novedades sediciosas, fácil, segura y agradable. Parece que hablaba deste libro el glorioso doctor san Agustín en su libro *De Gratia et libero arbitrio*, cuando dijo: «Repetid continuamente este libro, y si le entendeis, dad gracias á Dios; y si no le entendiéredes, acudid con la oracion á Dios para poderle entender, que Dios os alumbrará el entendimiento. Acordáos que está escrito: Si alguno de vosotros tiene falta de entendimiento, pídalese á Dios, que es quien con liberalidad le reparte á todos.» Si, como hemos dicho, solo Dios da luz al maestro para que enseñe, en solo Dios la debe buscar el discípulo para aprender. Por esto pidió la Esposa al Esposo en los sagrados cánticos que la besase con el beso de su boca: quiere su doctrina, mas quírela de su boca, no pasada por otros labios ó formada por otra lengua. Hay verdades que las enferma el aire que forma las palabras, que las adultera la pronunciacion, ó balbuciente ó precipitada. Los católicos citan á san Pablo como él habló; los herejes como ellos quieren que hable. En aquellos se oye el apóstol; en estos los apóstatas. Los que no se contentan con seguir á los santos, solo se contentan con perseguirlos; y por no decir lo que dijeron, dicen lo que ellos mandaron que no se dijese. Por esto nuestro bienaventurado autor, ceñido en sus doctrinas y asegurado en el fundamento de la fe, enseña la sabiduría de la caridad, que es la útil; así lo dice san Agustín sobre el evangelio de san Juan: «Añade la ciencia á la caridad, y será provechosa la ciencia, no por sí, sino por la caridad.» Que la caridad sea plenitud de ciencia, lo dice el propio santo sobre el psalmo 78: «Preguntas: ¿De qué manera seré lleno de ciencia? ¿quién llena de ciencia? Tienes de dónde te puedas llenar de ciencia: la caridad es plenitud de la ley. No te distraigas por muchas cosas ni te derrames; espanta el esparcimiento de las ramas, llégate á la raíz, y no atiendas á la grandeza del árbol; haya en tí caridad, que necesario es que se le siga plenitud de ciencia: ¿qué ignora quien sabe caridad, habiéndose dicho, Dios es caridad?» Cuánta y cuán grande y cuán fervorosa fué la que tuvo nuestro santo, la ciencia de los libros que escribió lo dice: el del *Amor de Dios*, que parece le escribió de sí el amor mismo; el de los *Entretenimientos espirituales*, cuya meditacion parece que adelanta los de la patria; este de la *Introduccion de la vida devota*, en que el más malo y el más ignorante hallará enmienda, razon y luz. Los frutos de su caridad fueron más de treinta mil almas que convirtió con su predicacion, asistida de su ejemplo; y otra innumerable infinidad que con sus obras reduce cada dia, y reducirá, siendo para las tinieblas espirituales sol sin ausencia anohecida, cuyo dia ni los antípodas nos le usurpan, ni nosotros á ellas, por estar amaneciéndoles siempre en entrambos polos la impresion, que en todas partes y á todas horas por este oficio piadoso adquiere nombre de oriente perpétuo. Léese en este libro la devocion santa y cortesana, la Sagrada Escritura en entrambos Testamentos, con declaraciones suaves, profundas y literales. Acompañanse los preceptos, de erudicion grande y opulenta, empero aplicada sin pompa y presuncion; de comparaciones propias, doctas y sutiles, de tal manera asistidas de las palabras, que ni á la verdad falta adorno, ni ellas con la demasia embarazan á la verdad; tan decentes, tan ajustadas, que se oye en ellas la verdad vestida, y se ve desnuda. Da el Santo á su doctrina adorno que es honesto, no elocuencia profana; sigue en todo á los santos. Ellos lo enseñan; san Jerónimo á Pamachio: «La interpretación eclesiástica, aunque tenga hermosura elocuente, debe disimularla, y huir de hablar solamente para las ociosas escuelas de los filósofos, sino para todos los hombres.» Y san Ambrosio, sobre las epístolas de San Pablo: «La predicacion cristiana no necesita de la pompa y cultura de las palabras, porque no parezca ser de la astucia de la humana sabiduría, y no de la verdad: allí se busca la composicion de las palabras, adonde testificándolo la virtud, no se muestra la verdad.» En este libro la virtud testifica, y la verdad se

muestra tan opulenta de luz, que en solo este libro se leen las doctrinas de los filósofos mejoradas y con enmienda; las proposiciones estóicas, cristianas y limpias; y tan católicamente corregidas, que si Sócrates, Zenon, Epiteto y Séneca vieran esta *Introduccion*, leyeran lo que no acabaron de saber, y supieran lo que no pudieron alcanzar: sabiduría que solo halla en las Sagradas Escrituras y en los santos Padres quien, lleno de caridad santa, tiene el amor de Dios nuestro Señor Jesucristo por librería, y su temor por intérprete.

CARTA

DE LA CONGREGACION GENERAL DEL CLERO DE FRANCIA, Á LA SANTIDAD DE URBANO OCTAVO,

en razon de la beatificacion del reverendísimo san Francisco de Sales, obispo en Aurelia de los Alóbroges.

Muy santo Padre: despues de haber besádoos los piés humildemente, nosotros representamos á vuestra santidad que el muy reverendo padre Francisco de Sales, obispo y príncipe en Aurelia de los Alóbroges, de muy gloriosa memoria, ha vivido entre nosotros una vida tan ejemplar, que cada uno, arrebatado de la admiracion, procura imitar su piedad entre las otras virtudes raras que en él resplandecen. De suerte que nosotros creemos que este generoso atleta, despues de muchos trabajos, acabó su carrera gloriosamente, y ascendió al lugar de la gloria y del reposo. Esta pérdida ha dejado, no solamente un extremo deseo á toda la Francia, mas concibe ahora una tan grande opinion de la inocencia y santidad de tal prelado, que habiéndole honrado vivo, de la misma suerte le tiene en su corazon en tan grande veneracion despues de su muerte, que le estima como beatificado. Esto es lo que á todos nos hace esperar que vuestra santidad no rehusará á nuestros ruegos lo que es con tanto ardor deseado de cada uno. Pues vos solo estáis en la tierra que podeis canonizar y deificar (digámoslo así) los hombres, haced que aquel que nos ha confortado mientras vivió, ahora nos asista con su intercesion despues de muerto; y si, poseídos de caridad de uno de nuestros hermanos, deseamos esto, nosotros creemos que vuestra santidad no juzgará nuestro celo por temerario en procurar lo que nosotros hemos tenido por sacrilega impiedad diferir más: el dar este testimonio de un prelado que ha sido reverenciado de todos por su grande piedad, por la moderacion de su espíritu y por la santidad de una vida que, además de la aficion pública que se granjeó, inflamó los corazones de todos al amor de Dios. Asimismo nosotros le hemos visto vivir en esta dignidad episcopal con una grande humildad; y si bien fué adornado de rara erudicion y de elocuencia incomparable, cada uno via en él juntamente tan grande dulzura y modestia, que por solo su aspecto y sus palabras cualquiera hombre era atraído y como inflamado á imitar su virtud. Que esto sea así, se conoce en que todas las veces que subió al púlpito (lo que en muchas ocasiones hizo, y más frecuentemente en Paris) era seguido de tan innumerable concurso de oyentes, que apenas todos podian caber en las iglesias; y cada uno se sentia tan vivamente tocado en lo interior despues de haberle oido, que todos testificaban con lágrimas en los ojos su conversion, mejorando de allí adelante la desórden de la vida pasada. Esto fué lo que esparció de tal manera la fama deste gran padre, que muchos acudian á él de países muy remotos, por gozar de su doctrina ó por verle la cara. El se mortificaba en perpétuas penitencias; y como acostumbraba su cuerpo á todas suertes de austeridad, sin consentirle la menor delicadeza, él no descansó jamás destes ejercicios, aunque algunas veces cayese oprimido del peso de las mortificaciones, porque nada le podia suceder tan agradable como el tiempo que se ocupaba en adquirir, como un tesoro, muchos méritos. Murió en Leon con un tan grande sentimiento de la villa y con tal dolor de todo el reino, que cuando la nueva desta pérdida lamentable fué pública por la Francia, no hubo persona, por poco religiosa que fuese, que no se entristeciese como de la muerte de su padre. No porque, juzgándole bienaventurado, tuviesen envidia á su gloria, antes fué el dolor de ver que el ataúd nos arrebatava el socorro que nosotros habiamos acostumbrado recibir; vianle ir á otra parte, donde, si no precede el oráculo de la sagrada boca de vuestra santidad, nadie ya osaria acudir á sus sufragios. Todos desean esto con entrañable afecto, y más que todos, los de Paris, que le han visto en el púlpito tantas veces, y comunicado con admiracion su piedad y su elocuencia. Lo propio desean

los de Leon, que, depositarios del corazon de tan digno prelado, le ven milagrosamente conservado en su sepultura, con un color vivo, sin descolorirse ni enjugarse, y tal se ve el dia de hoy.

Santisimo Padre, pues que vuestro imperio espiritual asimesmo mira las cosas del cielo, Vos determinaréis, si tal fuere vuestra voluntad, por los muy humildes ruegos de toda vuestra Congregacion y por los votos de tantos pueblos, que sea verdaderamente tenido y declarado por bienaventurado por vuestra santa autoridad, á fin de que no estando tenido por tal sino por una simple opinion, lo sea de aqui adelante por fe y por creencia. En Paris, en la Congregacion general del clero de Francia.

Vuestros muy humildes y muy obedientes súbditos y capellanes de la santa Iglesia Romana, los cardenales, obispos, arzobispos y eclesiásticos, convocados en cuerpo de congregacion general.

Por mandado de los ilustrísimos y reverendísimos cardenales, arzobispos, obispos, y de todos los diputados eclesiásticos en la Congregacion general del clero de Francia:

LEONOR D'ESTAMPES, OBISPO DE CHARTRES.

PREFACIO.

Amigo lector, ruégote leas este prefacio por tu satisfaccion y la mia.

La jardinera Glicera sabia tan propiamente diferenciar la disposicion y la mezcla de flores que acomodaba en los ramilletes, que sin aplicar otras diversas en color, se variaban en labor desconocida los unos de los otros; de suerte que el pintor (1) Parrasio quedó vencido intentando contrahacer al vivo esta diversidad elegante de labores, porque nunca supo mudar su pintura en tantas diferencias como Glicera sus ramilletes. De la misma manera el Espíritu Santo ordena y dispone con tanta variedad los preceptos de la devocion que reparte á las lenguas y plumas de sus siervos, que siendo la doctrina siempre una misma, no por eso los discursos dejan de ser muy diferentes, segun los diversos modos de que están compuestos. Quanto á mí, no quiero ni debo escribir en esta introduccion sino aquellas cosas que han sido antes publicadas por mis predecesores acerca deste sujeto. Las mismas flores te presento, lector mio; mas el ramillete que te hago será diferente, á causa de la diversidad y aseo con que va compuesto. Los que han tratado de la devocion, casi todos han mirado á la instruccion de personas muy retiradas del comercio del mundo, ó por lo menos han enseñado una suerte de devocion, que conduce las almas á este entero retiramiento. Mi intencion es instruir los que viven en las villas, en las familias y en las cortes, y que por su condicion están obligados á pasar una vida comun quanto á lo exterior. Los cuales de ordinario, con pretexto de una pretendida imposibilidad, no quieren ni aun imaginar en la empresa de la vida devota; pareciéndoles que, como ningun animal osa gustar el grano de la yerba llamada *Palma Christi*, así ningun hombre debe pretender la palma de la piedad cristiana mientras vive en medio las ocasiones y negocios temporales. Y yo los mostraré que, como la madre perla vive en medio del mar, sin que por eso tome algun gusto de agua marina, y como hácia las islas Celidonia hay fuentes de agua dulcísima en medio de las saladas ondas, y así como los piraustes (a) vuelan por medio las más reforzadas llamas, sin que por eso sus alas padezcan algun detrimento,— así puede un alma vigorosa y constante vivir en el mundo sin recibir ningun humor mundano; hallar los manantiales de una dulce piedad en las ondas amargas deste siglo; y volar en medio de las llamas de tantos apetitos como el mundo enciende de todas partes, sin quemarse las alas de los sagrados deseos y santas aficiones de la vida devota. Verdad es que esto es dificultoso; y así, querría que á este fin empleasen muchos su cuidado con más ardor y solicitud que hasta aqui han hecho. Pero conociendo yo mi flaqueza y débiles fuerzas, ¿cómo me atrevo por medio deste escrito á dar socorro á los que con un corazon generoso intentan esta divina empresa?

(1) Parrasias (*La edición original*).—Pausias (*Imprimió el Santo y repitió Cubillas*.)

(a) Tanto como *pyrausta* y *pyralis*: insecto alado, que

finjeron los antiguos, vivia en el fuego únicamente. En la edición original se lee, *phirantes*, con yerro manifiesto.

Podrá servirme de disculpa el no haber sido por mi elección ó inclinación el salir esta *Introducción* á la luz del mundo. Un alma en extremo enamorada de la virtud, habiendo (tiempo há) alcanzado de Dios la gracia de querer aspirar á la vida devota, deseó á este fin mi particular asistencia; y yo, que la tenia diversas obligaciones, y que habia mucho tiempo antes notado en ella gran disposición para este desinio, procuré con todo cuidado instruirla; y habiéndola conducido por todos los ejercicios importantes á su deseo y condicion, la dejé por escrito algunas memorias, para que en ellas hallase ayuda que pudiese mejor facilitar su intento. Comunicólas despues al docto y religioso Juan (1) Ferrier, teólogo de la Compañía de Jesus, entonces rector del colegio de (2) Chambery, que pareciéndole podrian muchos aprovecharse dellas, me exhortó las publicase; cosa que me persuadió fácilmente por tener su amistad para con mi voluntad el lugar debido á su merecimiento, y su juicio una grande autoridad para con el mio. Para que esta obra fuese más agradable, la he vuelto á ver, ingeriéndola y juntándola muchos avisos y doctrina propia á mi intencion. Y puédeseme creer haber hecho todo esto casi sin ninguna manera de lugar; causa por que no verás aquí nada con la postrer mano, sino sola una junta de advertimientos de buena fe, los cuales explico por palabras claras y inteligibles (ó por lo menos lo he deseado); y en cuanto pertenece al ornato del lenguaje, no he querido ni aun imaginarlo, como quien tiene otras muchas ocupaciones.

Encamino mis palabras á Filotea, porque queriendo reducir á la utilidad comun de muchas almas lo que primero habia escrito para una sola, la doy el nombre comun á todas aquellas que quieren ser devotas, porque Filotea quiere decir «amante, enamorada de Dios».

Mirando pues en todo esto á una alma que por el deseo de la devoción aspira al amor de Dios, he dividido esta *Introducción* en cinco partes. En la primera de las cuales procuro, por algunas exhortaciones y ejercicios, convertir el simple deseo de Filotea á una entera resolución; que á la fin toma, despues de su confesion general por una sólida protestacion, nacida de la santísima comunión, en la cual dándose á su salvador, y recibéndole, se entra dichosamente en su santo amor. Hecho esto, para adelantarla más, la muestro dos grandes medios para unirse á su divina Majestad; muéstrola tambien el uso de los sacramentos, por los cuales este buen Dios viene á nosotros; y la santa oración, por la cual nos tira á sí: y en esto empleo la segunda parte. En la tercera la muestro cómo se ha de ejercitar en diferentes virtudes, propias á su adelantamiento, no deteniéndome sino en ciertos avisos particulares, (3) de que entonces de sí misma no se hubiera podido aprovechar. En la cuarta la descubro algunas emboscadas de sus enemigos, mostrándola cómo se ha de librar dellas, y pasar adelante en su empresa dichosa. Finalmente, en la quinta parte hago se retire un poco en sí misma, reparando y rehaciendo las cansadas fuerzas, para que despues pueda más dichosamente ganar tierra, y adelantarse en la vida devota.

Miserable es esta era; y así, me persuado que muchos dirán no pertenece sino á los religiosos y gente de devoción el dar tan particulares instrucciones á la piedad; que estas requieren más lugar que el que puede tener un obispo cargado de peso tan grande como el mio, y que esto distrae el entendimiento, el cual debe emplearse en cosas más importantes.

Pero yo, amado lector, te digo, con el gran san Dionisio, que principalmente á los obispos pertenece el perficionar las almas, por cuanto su orden es suprema entre los hombres, como la de los serafines entre los ángeles; de manera que el tiempo no muy ocupado no puede emplearse mejor que en este ejercicio.

Los antiguos obispos y padres de la Iglesia tenian por lo menos tanta aficion á sus cargos como nosotros, y no dejaban por eso el cuidado de conducir las almas que querian valerse de su asistencia, como se ve en sus epístolas; imitando en esto á los apóstoles, que en medio de la siega general del universo, recogian ciertas espigas con una especie y particular aficion. ¿Quién no sabe que Timoteo, Tito, Filemon, Onésimo, santa Tecla y Apia eran los amados hijos del gran san Pablo, como san Márcos y santa Petronila de san Pedro (santa Petronila digo, la cual, como muestra doctamente Baronio y Galonio, no fué hija carnal, sino espiritual de san Pedro)? Y san Juan escribe una de las epístolas canónicas á la devota Electa. Pena es grande, yo lo confieso, el conducir las almas en particular, pero pena que antes alivia, igual á la de los segadores y vendimiadores, que jamás se ven tan contentos como cuando están cargados de obra y trabajo. Es un trabajo que descansa y conforta el corazón, por la suavidad que resulta á los que le padecen.

(1) Ferrier, (*Edición original.*)

(2) Cambray, (*Id.*)

(3) que no pudiera fácilmente hallar en otra parte, ni por sí misma. (*C-D.*)

Dicen que la tigre habiendo hallado alguno de sus hijuelos (el cual la deja el cazador en el camino para engañarla y entretenerla mientras se lleva los demás pequeñuelos), se le carga por cansada que esté; sin que por eso se halle más pesada, sino que antes más ligera corre á su guarida, para salvar el ligero peso que lleva. ¡Con cuánta más gana un corazón paternal tomará á su cargo un alma cuando la halla con deseo de la santa perfección, llevándola en su seno como una madre hace á su hijo, sin que por eso sienta la amada carga! Pero sin duda es necesario que sea este un corazón paternal, razón por qué los apóstoles y hombres apostólicos llaman á los discípulos, no solo sus hijos, sino aun más tiernamente, sus pequeños hijos.

Cuanto á lo demás, amado lector, verdad es que escribo de la vida devota sin ser devoto, más no cierto sin deseo de serlo, y aun es esta aficion la que me da ánimo á instruirte; porque, como decía un gran letrado, la buena manera de aprender es el estudiar, la mejor es el escuchar, y la bonísima es el enseñar. «Muchas veces sucede (dice san Agustín, escribiendo á su devota Florentina) que el oficio de distribuir sirve de merecimiento para el recibir, y el oficio de enseñar de fundamento para aprender.»

Alejandro hizo pintar la hermosa (1) Campaspe, á quien con todo extremo amaba, de mano del único Apéles. Apéles, habiendo forzosamente de considerar largo espacio el hermoso rostro de Campaspe, por cuanto le iba imitando en la pintura que hacia, imprimió de suerte en su corazón una pasión tan amorosa, que conociéndolo Alejandro, y apiadándose dél, se la dió por mujer propia, privándose por amor de Apéles de la prenda que más en el mundo amaba: en lo cual, dice Plinio, mostró la grandeza de su corazón, como pudiera por una muy gran victoria. Páreceme pues, amigo lector, que siendo obispo quiere Dios que pinte en los corazones de las personas, no solo las virtudes comunes, sino la muy cara y muy amada devoción; y yo lo emprendo de buena gana, tanto por obedecer y hacer lo que debo, como por la esperanza que tengo de que grabándola en los espíritus de los otros, el mio, por ventura, podrá santamente enamorarse. Si su divina Majestad me ve vivamente tocado de aficion, ella me la dará en casamiento eterno. La hermosa y casta Rebeca, abrevando los camellos de Isaac, fué elegida por su esposa, recibiendo de su parte zarcillos y brazaletes de oro; así yo me prometo de la inmensa bondad de Dios, que guiando sus caras ovejas á las saludables aguas de la devoción, hará á mi alma esposa suya, poniéndome en las orejas los zarcillos de las palabras doradas de su santo amor, y en mis brazos la fuerza del bien ejercellas, que es en lo que consiste la esencia de la verdadera devoción. La cual suplico á su divina Majestad me otorgue, y á todos los hijos de su Iglesia, á la cual sujeto mis escritos, mis acciones, mis palabras, mi voluntad y mis pensamientos. En (2) Anney, día de Santa María Madalena, 1608.

(1) Compaspe, (*Y más abajo tambien, la edición original, siguiendo al Santo.*)

(2) Neco, (*La original.*)—Anney, (*Imprimió el Santo y vino á reproducir Cubillas.*)